

Presentación

Mi primera vinculación con la narrativa policial fue auditiva, así como suena. Mi padre era radioaficionado y su reducto consistía en una pequeña habitación que era su Sancta Sanctorum, adonde teníamos prohibido ingresar en su ausencia. Emanadas de allí, oíamos por las noches, después de la cena, misteriosas voces que respondían a la salmodia insistente de mi padre: «LU6JL Jamaica Lusitania llamando...», como una suerte de espiritismo electrónico. En ese ámbito sacro, hacia 1948 y algo más, cinco de los seis hermanos ingresábamos, con el debido permiso, pasadas las 19 h., y escuchábamos acuciosos por una radio más potente que la del comedor de la casa, en silencio de radio, una audición de LRI el Mundo, como una pequeña radionovela que se anunciaba: «Peter Fox lo sabía...» Duraba un cuarto de hora, y en ese escueto espacio de tiempo se planteaba un enigma policial y se lo resolvía en todos sus detalles, pues Peter destejía el enmarañado ovillo de la trama, y esclarecía los hechos con maestría. Y entonces, la misma voz que nos había convocado, ahora sentenciaba con categórica satisfacción: «Peter Fox lo sabía». Peter era el detective, secundado por el inspector Bergman, que todo lo sabía. No llegaba a ser, como el personaje de Chesterton, «El hombre que sabía demasiado», pero siempre descubría lo oculto y desataba los nudos.¹ Con el tiempo, supe que esa voz magnetizante era la del actor José Tresenza, cuya hija Rina Morán, heredó ese poder atractivo de su padre. La magia del minirradioteatro era ayudada por los efectos sonoros: los pasos cautelosos, el chirriar de la puerta, la respiración afanosa... Todo lo construíamos mentalmente sobre voces y sonidos. Una maravilla.

1. De tal manera se popularizó la frase titular que decíamos en la charla familiar: «Eso, ni Peter Fox lo sabe».

A esta iniciación auditiva de la radio, le siguió la visual del cine. La matinée de los sábados duraba desde las 14 a las 18. Se proyectaban dos películas.² Como relleno del sángoche, iba el episodio. Duraba media hora, Los había de dos tipos: de aventuras, como «Clyde Beatty, el domador de fieras» o «Tarzán», y policiales, como «Fantomas» o «Charlie Chan». La policial también tenía su variante en dibujos animados, como los de Dick Tracy.

En el momento climático del episodio, se oscurecía la pantalla y aparecía el maldito vocablo, en blanco: «Continuará», justo en el instante en que el héroe iba a ser precipitado al abismo o alcanzado por la locomotora a cuyas vías estaba atado. De nada servían nuestros abucheos y pataleos quejosos por la interrupción. Y, al sábado siguiente, para retomar la estructura aserrada del episodio, —aprendida del viejo folletín periodístico—, acudíamos ansiosos a ver cómo zafaba nuestro personaje.

La tercera estación, fueron las historietas policiales en revistas. Nuestra preferida fue la protagonizada por Rip Kirby: maestro de ajedrez y excelente golfista, con sus anteojos cuadrados y su imprevisible valet Desmond —antiguo presidiario recuperado— su pipa y su vaso de cognac, animaba nuestras siestas provincianas.³

Por fin, aterricé en la pista de los libros. En mi niñez y adolescencia provincianas (Guaileguaychú, Entre Ríos) tuve tres líneas dominantes de lectura: la primera, la poesía (Lugones, Banchs, Nalé Roxlo,⁴ Pedroni); la segunda, la cubrían los temas parapsicológicos, con aplicación al espiritismo, sobre el que di mi primera «conferencia», subido a una mesa, en la esquina de la Librería Ferrando, calle 25 de Mayo, sobre los raps, las hermanas Fox, las proyecciones ectoplasmáticas y los desenmascaramientos de Houdini a los trucos de las mediums. Me nutría de los libros como los del padre Heredia: Los fraudes espiritistas y los fenómenos

2. Cuando regresábamos, la abuela preguntaba: «¿Eran buenas las vistas del biógrafo?»

3. Rip Kirby fue creado por Alex Raymond, padre también de Flash Gordon.

4. Sobre los tres primeros, a los años, yo habría de investigar su obra y rescatar parte de ella dispersa y desconocida. Lo que confirma cómo pervivieron en el tiempo mis primeros deslumbramientos.

metapsíquicos y de un tomazo de un tal Palmés: Metapsíquica y espiritismo.⁵ A ello asociaba la compulsión de las obras de Paul C. Jagot, en sus ediciones baratas de Tor (Magnetismo, Hipnotismo a distancia, y otras), con las que aprendí a hipnotizar elementalmente, lo que me valió cierto éxito social en fiestas de cumpleaños, práctica a la que asociaba el «cumberlandismo», sumamente efectivo. Vinculada con esta segunda línea, pero con mayor aplicación, me dediqué a la grafología, aprendida en un manual de Matilde Ras, y en obras de mayor sistema, como una de Klages, y otras que mis padres me traían de Buenos Aires. Esta práctica me fue valiosa en la vida, tanto en mis dos años de colimba, como en la vida universitaria.⁶

La tercera línea de lectura abordaba las narraciones de aventuras y enigmas policiales. Mis primeras excursiones alternaron las hazañas de Dock Savage, «el gigante de bronce», a la cabeza, con las tramas policiales de Sexton Blake. Ambos avatares consumidos en libritos impresos en un papel basto, en ediciones pequeñas, pero con una virtud ponderable: eran bolsillables, por su tamaño, y con ello, portátiles durante todo el día a la espera de los momentos en que podíamos echar ojo a su texto. Devoraba un librito cada dos días, y me abastecía del canje entre gurises con iguales intereses. No era redada fácil juntar los centavos para correr al kiosco. Pero en esa época, el vuelto de la compra de los mandados que nos encargaban en casa al almacén, eran propinas, no «para el vino», como en el juglar del Cantar del Cid, sino para esa otra bebida que genera lo que llamó Valéry Larbaud, «el vicio impune»: la lectura.

Sexton Blake, creado por Harry Blyth, «el rival de Scotland Yard», decían las portadas, mantuvo una vida estimulante en el

5. Tenía un tío, Marcial, que noviaba con una médium de la Escuela Científica Basilio, y ello despertó mi interés. Yo les cebaba mate en sus encuentros y grababa mentalmente cuanto rescataba del dialogo musitado.

6. Algo de esto he referido en una conferencia: Barcia, Pedro Luis: «Educación para toda la vida», *Boletín de la Academia Nacional de Medicina*, Buenos Aires, Academia Nacional de Medicina, julio-diciembre de 2015, n° 93 (2), pp. 384-390.

tiempo pues del libro saltó al comic, al cine, al teatro. Aun lo figuro alto, atlético, de rostro anguloso, diestro en boxeo y en jiu-jitsu. Médico y entendido en química, usaba bata y fumaba pipa, como Sherlock. Tenía un sabueso, Pedro, y un ayudante, Timker.

Más tarde, ocupó mi atención imantada la figura del imprevisible Mister J. G. Reeder, de Edgar Wallace. Leí toda la colección de sus aventuras, en aquellos libros delgados como libretos, impresos a doble columna, con tapas de fondo rojo y detalles amarillos. Reeder era de edad indefinida, engañaba con su atuendo vetusto, —aspecto que desmentía con movimientos ágiles e imprevisibles de notable destreza física—, sus gruesas patillas grises, su sombrero a medias entre hongo y galera, Su eterno paraguas ocultaba una cachiporra de goma y disimulaba una pistola debajo del chaleco. Tenía modales inquebrantablemente corteses y modestos que lo exhibían como debilucho. Su mente criminal agudísima se anticipaba a los movimientos de los delincuentes.

Estas fueron mis primeras incursiones en el campo de la narrativa policial. Con el tiempo, avancé sobre Poe, Conan Doyle, Chesterton, Agatha Christie, y, dulcis in fundo, sobre la oferta de amplia panoplia de «El Séptimo Círculo». Mi última estación fue la novela negra.

Cuando inicié, hacia 1963, mi compulsión de publicaciones porteñas, —diarios y revistas— tras las huellas de Darío, fui agavillando en fotocopias las liebres policiales que saltaban al paso de mi pesquisa, y con ellas tuve una buena reserva de textos desconocidos del llamado «género policial». Algunos de esos hallazgos los di a conocer hace años, otros los retomo en el contexto de esta pandemia reclusiva.

Descubro las dos primeras novelas policiales argentinas, de 1877

Este fue mi fruto más meritorio. Mi sede de trabajo fue la vastísima, y poco visitada, colección hemerográfica de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Plata. Revisando los ficheros di una tarde con las fichas de las obras de Luis Varela,

que registraban varias novelas del autor; para mi interés, el *due-to o bilogía*: La huella del crimen y Clemencia.

Como bien saben los peritos en el campo de los orígenes de la narrativa policial argentina, solo se mentaba en los trabajos, una y otra vez el nombre de una de esas novelas, La huella del crimen, su autor y un año de edición erróneo.⁷ Como casi todo en este terreno fue enunciado por vez primera por el meritorio Luis Soler Cañás. El mismo no parece haberlas cursado, pues no aportó datos sobre ellas. El resto de los investigadores repetía la línea informativa escuetísima de Soler Cañás. A partir del hallazgo de ambos textos en la Biblioteca de la UNLP publiqué un trabajo en 1989, en la Universidad del Sur. Allí estudiaba ambas obras y aportaba un caudal desconocido de información sobre ellas y su autor, que firmaba Raul Waleis.⁸

Varios años después años de la aparición de mi estudio, dos de los mayores especialistas en el género policial, Jorge Rivera y Jorge Laforgue le dedicaron su reconocimiento en un haz considerable de páginas de la última edición de su ya clásico *Asesinos de papel*,⁹ en las que destacaban el valor del descubrimiento, la presencia de una primera «poética de lo policial» argentina, en sus páginas preliminares, y la precisión informativa que situaba en

7. Doy dos ejemplos de referencias vagas: «La novela policial en nuestro país tiene una tradición nada desdeñable. Del interés de los escritores durante el siglo pasado dan testimonio los esfuerzos precursores de Raúl Waleis (seudónimo de Luis V. Varela) en *La huella del crimen* (1878)», Rivera, Jorge: «La narrativa policial», *Capítulo Universal*, Literatura Contemporánea, Buenos Aires, CEDAL, 1971, fascículo 35, p. 40.

«En realidad, los primeros relatos de índole policial con conciencia y conocimiento del género, aparecen en los escritores del Ochenta. Así, en Carlos Monsalve, en Luis V. Varela (con el seudónimo de Raul Waleis), que escribe *La huella del crimen* (1878)», escribe Fermín Fèvre en el prólogo a su: *Cuentos policiales argentinos*, Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1974, p. 21. El año real de edición es 1877 y ninguno menciona la segunda de las novelas: *Clemencia*.

8. Barcia, Pedro Luis. «Los orígenes de la narrativa argentina: la obra de Luis V. Varela», en *Cuadernos del Sur*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, Departamento de Humanidades, n° 21-22, 1988-1989; hay separata.

9. Lafforgue, Jorge y Jorge Rivera. *Asesinos de papel. Ensayos sobre narrativa policial*. Buenos Aires. Ediciones Colihue, 1996, pp. 228 a 334 y 280.

1877, con probada manera, el origen de nuestra literatura policial nacional, a la vez que nos anticipábamos con este par de obras, a las producciones del género en las literaturas de Hispanoamérica y España: La huella del crimen y Clemencia son las dos primeras novelas policiales en lengua castellana.

Solo una década después, comenzaron los estudiosos a hacer pie en mí y considerar las novelas por mí descubiertas, algunos citándolo y otros olvidándose de ello. Incluso, se las reeditó, en 2009, sin que se aportara entonces nuevas referencias esclarecedoras al trabajo que yo había ofrecido diez años antes.¹⁰

Reproduzco en este tomo, textualmente, ese trabajo inicial, tal como fue publicado entonces. Solo le agregó algunas ilustraciones recogidas hace más de 50 años.

El primer detective criollo nato: Mr. Luis Le Blond y sus Diez años de pesquisa en la República Argentina

El primer detective creado por un escritor argentino fue el Archiduc, protagonista de La huella del crimen y de Clemencia. Pero este investigador era francés y operaba en Francia, en las tramas de las novelas de Varela. En un segundo aporte, incorporo a la galería al primer detective nacido en nuestro suelo y cuyo campo de operaciones fue, básicamente, la Provincia de Buenos Aires.

Ese segundo aporte, lo constituye mi estudio sobre los Diez años de pesquisa, en la República Argentina, de Félix A. Zabalía. Aprovechando en estos días de obligado enclaustramiento, he rescatado de mis cajas de documentos, recogidos hace medio siglo, —y las doy a conocer por vez primera en su conjunto en el Apéndice— las entregas de las Memorias de este primer detective aparecidas en la revista Papel y Tinta, a lo largo de 1908, que narran un conjunto de casos por él resueltos. Monsieur Le Blond, de apelativo francés, es un pesquisante, que operaba en la Provincia de

10. Veinte años después, en 2009, Adriana Hidalgo Editora, reeditó ambas novelas, con notas y posfacio de Roman Setton.

Buenos Aires. De él, hasta la fecha, solo se conocían, una vez más, gracias a Soler Cañás, la identificación del autor y un par de episodios de la serie. Y solo disponíamos de un buen estudio que le dedicara Román Setton.¹¹ Aporto a éste otros elementos y nuevas consideraciones.

Un competidor argentino de Sherlock Holmes

Un tercer aporte en este libro es dar a conocimiento las Memorias de un detective, de A. Dellepiane, editadas en 1912. Esta obra, con varios casos en contexto argentino, asumidos y resueltos por el mismo personaje: William Kurts, nace del estímulo que en el autor produjo el éxito de la difusión de la obra de Conan Doyle en la Argentina, a partir de las ediciones de sus obras en la Biblioteca «La Nación». El autor se dijo: Io sono pittore, y se lanzó al desafío. Estudio al pesquisante, sus recursos y sus casos.

Incorporo luego un estudio sobre «La recepción de Poe en la Argentina» y otro sobre «El cuento poelicial». Aporto un estudio sobre «La narrativa policial de Castellani», autor que merecía un enfoque algo más detenido por su aporte al género.

Abro el volumen con un conjunto de «Consideraciones genéricas», referidas a la materia narrativa policial y su fortuna—como dicen los italianos— en nuestro país, y otros apuntes complementarios sobre el género.¹²

Pedro Luis Barcia

La Plata, 2 abril 2021

11. Setton, Román: «Las Memorias de Monsieur Le Blond y los comienzos de la literatura policial argentina», en *Iberoamericana*. Madrid-Frankfurt, n° 46, junio de 2012, pp. 42-56. Este autor es quien más ha avanzado en nuestros días en el estudio de la materia narrativa policial argentina, después de J. Lafforge y J. Rivera, organizadores estos de vasto caudal de material y pistas, del que todos somos deudores, salvo algunos amnésicos.

12. Agradezco a Mirta Previtti la copia a Word de las fotocopias de las revistas.

